

ROMARATE Y OTORGUÉS; UN EPISODIO DE LA INSURGENCIA RIOPLATENSE

Alejandro N. BERTOCCHI MORÁN
Historiador Naval

Este trabajo resume, en breve síntesis, un episodio poco comentado en lares uruguayos, no así argentinos: la relación entre el jefe independentista artiguista Francisco Otorgués y el entonces capitán de fragata de la Real Armada Jacinto de Romarate. Otorgués, caudillo oriental por antonomasia, fue titulado «traidor» por los historiadores de la hermana Buenos Aires, acusándole de connivencia con los «realistas». Empero, en este esbozo el autor intentará desvelar estos momentos, haciendo que la historia sea vista con los ojos puestos en esos álgidos momentos de la insurgencia rioplatense. Esa línea que nos dice que todo fue una guerra civil entre hermanos de sangre, y que casos como éste son comunes a todos los episodios de aquellas horas tremendas, provocadas por la invasión napoleónica de la Península, causa central de todo este proceso.

Por ello, Romarate y Otorgués son sólo el reflejo de una hora difícil para aquellas mentes que sólo ven la historia en un solo corte. Así, observamos que Otorgués entabló contacto con los navíos del Montevideo naval, sin importarle que aquéllos combatiesen a quienes decían representar a los pueblos del Río de la Plata. Este hecho fue luego aprobado con la lucha que llevó José Artigas contra el centralismo bonaerense hasta sus últimas consecuencias.

Interesante, entonces, creemos este título para los lectores de la REVISTA DE HISTORIA NAVAL, luego del IV Simposio, donde las ponencias sobre Iberoamérica dominaron la escena, recreando a su manera aquel magnífico mundo de la España americana.

Dentro del estudio de la Historia, el término «empatía» significa asumir plenamente en un todo la exacta visión del pasado, buscando entender y sentir los mismos sentimientos que imperaban en épocas pretéritas. Lo contrario significa juzgar el pasado con ojos del presente; o aun peor, intentar dar un sesgo al análisis hacia cualquier derrota oportunista, cayendo en el yerro, cosa común cuando el análisis de la Historia penetra en un rumbo donde debe irrumpir en los procelosos mares de las lides políticas (1).

(1) «Ucronía» es el término opuesto: si la Armada Invencible hubiera contado con el buen tiempo, Medinasidonia no habría recibido el baldón eterno de la crítica, ejemplo común de este aserto.

En este especial menester, los trabajos históricos que se han efectuado a lo largo de los tiempos sobre los procesos de la independencia del continente iberoamericano, no han podido evitar caer en los comentarios proclives a las diversas facciones de aquella lucha. Ello es algo enteramente lógico dadas las connotaciones afines a los sentimientos patrióticos, que las exégesis de esas horas han deparado a una notable cantidad de autores que, con el desvelo constante del trabajo de investigación, han fraguado la crónica de un tiempo memorable, donde nacieron al mundo político una veintena de naciones sobre el continente descubierto por Cristóbal Colón.

Así, el lector interesado en esta fracción de la común historia de la Madre Patria, al releer lo escrito por una gran mayoría de autores hispanoamericanos podrá observar cómo, al paso del tiempo, el análisis cambia en forma notoria a medida que se alejan las horas de la revolución americana. Por ello, al finalizar la luchas insurgentes con el definitivo alejamiento de España de la escena continental, surge, en las primeras obras históricas, todo el vibrante trasluz de un amargo momento, donde los autores descargan sus odios hacia el mundo «colonial», dando pábulo a una novel «leyenda negra», acusando a los peninsulares de casi todos los males sufridos por estos pueblos. Entonces, la lectura depara la visión de un mundo donde el «godo», el «realista», el «chaperón» es el reflejo adjetivado con que se ataca todo lo español, haciendo eco a una propaganda disolvente cuyos lejanos orígenes, sin duda, vienen desde los días de la Reforma, pasando por las horcas caudinas de las revoluciones modernas y aquel enciclopedismo ilustrado cuyos sonos embargaron las mentes de los preclaros héroes de la Independencia; y a algunos personajes de la Península, también.

Luego, ya sobre mediados del siglo XIX, cuando los historiadores se hallaron con la tarea intelectual de dar basamento definitivo a sus patrias, debieron imprimir un cambio de rumbo a sus trabajos. Ya no era necesario acusar a la vieja España de cuanto mal sufrió el continente; ahora había que escribir una crónica que diera un basamento firme a las noveles nacionalidades iberoamericanas, que en aquel momento aún se hallaban sujetas a las convulsiones sociopolíticas inherentes a la consolidación institucional de cada sociedad.

Por ello, este proceso no se dio al unísono en todos estos países, sino más bien al contrario, ya que dependía en grado sumo de aquel lejano protagonismo que tuvo el pasado hispánico en la historia común de estas patrias. Esto es plenamente apreciable en el Caribe, siendo Cuba el ejemplo más claro donde la intervención de un poder enteramente extranjero, al sentir de nuestro universo particular, provocó la deseada independencia, aunque sometiendo a la isla a un proceso de su sujeción foránea que aún se vive en esta misma hora.

En algunos rincones de Iberoamérica una destacada pléyade de historiadores logró, con una serie de obras, consolidar de forma definitiva una crónica, que bien podríamos denominar como «tradicional» u «ortodoxa», donde ya el peninsular no era sujeto del odio y el oprobio de los criollos, sino que se le denominaba de manera algo más amable que en aquel inmediato pasado que hemos reseñado. «Peninsular», «contrarrevolucionario» y el viejo término

«realista» eran ahora, y lo son hoy, aquellos calificativos con que se denominaba a la facción hispana del proceso de independencia. Y este hecho indica un cambio bastante profundo, que a nuestro juicio se debe, en parte, a este mundo enteramente globalizado, donde las comunicaciones entre los pueblos hacen que el hombre se conozca cada vez en mayor medida, independientemente de sus fronteras, cuyo límite físico ha sido sobrepasado por los tiempos.

Si recurrimos a la lectura de la crónica, surgen infinidad de hechos que van demostrando el íntimo carácter de este proceso histórico que nace en mayo de 1808, cuando el pueblo español se alza contra el invasor napoleónico, estallando los ecos de una nueva lucha de reconquista. Para la gigantesca España americana esto supuso una situación enteramente traumática, pues la prisión de Fernando VII hizo que, mediante los procesos jurídicos lógicos para tamaña situación, la soberanía de la nación española en su conjunto recayera en los pueblos que la conformaban, según los antiquísimos sentimientos forales y la misma tradición que albergaban sus diversas sociedades desde lo profundo de los tiempos.

Así, por los graves yerros cometidos por los juntistas peninsulares, en especial por el Consejo de Regencia, se produjo algo indeseado por todos: la separación de la metrópoli y su imperio, donde el océano que nos unía ahora era un líquido valladar que obraba para que el mundo americano debiera tomar difíciles determinaciones de cara a la virtual desaparición del poder central, cuyo único espacio físico llegó a ser la pequeña Isla de León.

En este menester y en este espacio-tiempo histórico, existen infinidad de obras afines al tema que explicitan convenientemente el marco jurídico y legal en el que debieron moverse las autoridades, tanto en la ahora lejana península, como en el territorio americano, cuya amplia geografía nunca había abrigado peligro alguno de disgregación institucional con referencia al Monarca hispano. Por ello, asumimos que en este campo se poseen trabajos de referencia exhaustivos, a los que se debe recurrir en esta emergencia.

¿Guerra civil o revolución? Quizá sea este último término el más ajustado al momento inicial del proceso independentista del continente americano en una línea general, desde Nueva España hasta el Plata. Las sucesivas juntas y cabildos abiertos dados entre los años 1808 a 1810 indican una voluntad de mantener la unidad imperial, basándose en las invocaciones al Rey prisionero, como un hecho constante.

Sobre el caso focal del Río de la Plata, la junta montevideana del 21 de septiembre de 1810 da la tónica de hasta dónde arribaba esta hora dramática. Aquí puede observarse que el enfrentamiento con la virreinal Buenos Aires tiene su nacimiento en las lides políticas, pues la ciudad fundada por Zabala se alza ahora ante la autoridad de Liniers en una especial situación, abonada desde hace ya años por la lucha portuaria entre ambas comunidades rioplatenses. No es del caso buscar culpables, pero estamos en lo cierto destacando que los poderosos comerciantes bonaerenses, desde siempre, intentaron cegar con leyes y decretos el mejor puerto platense; y este hecho tan grave para el futuro de la convivencia mutua llegó a deparar la misma intervención del Monarca,

dando categoría de puerto mayor a la «Muy Fiel y Reconquistadora Ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo». Sobre estas horas se han escrito decenas de obras en ambas orillas del «río como mar».

La Junta del 25 de mayo de 1810 fue «revolucionaria» sólo en el espíritu de alguno de sus impulsores, cosa que diversos autores argentinos se han encargado de comentar para la posteridad. Más bien, en una sumatoria de hechos, bien se señala que se intentó cambiar Madrid por Buenos Aires, aprovechando la situación de la península y la errática conducta de las Juntas y Consejos de Regencia, de espaldas a la América española, cosa ya común en las administraciones que la Casa de Borbón brindó a su imperio (2).

El omnipotente poder centralista de la fuerte plaza porteña se hizo sentir desde el principio, y desde el Fuerte de Buenos Aires se pretendió dictar leyes como una suerte de El Escorial, cosa que llevó de inmediato al derramamiento de la primera sangre, grave pecado bonaerense, donde los fusilamientos del Monte de los Papagayos o la agresión armada hacia la Junta Paraguaya, fueron un botón de muestra de hasta dónde arribaba el espíritu de personajes como Moreno o Castelli. Sin duda la influencia intelectual de la Revolución Francesa impactó fuertemente en el pensamiento de algunos de los prohombres de Mayo, cosa debidamente abonada por el sentimiento centralista bonaerense, nunca desmentido, que llevó décadas de luchas y conflictos civiles a la República Argentina, y que tuvo solución final en las postrimerías de este siglo XIX.

Referente al punto en cuestión, la situación de conflicto intestino en este continente tuvo en el Río de la Plata igual intensidad que en la Nueva España o en Costa Firme. Por ello el desarrollo de los acontecimientos habidos en esta hora traen al recuerdo diversos eventos donde el carácter de lucha entre hermanos de sangre se hace ver en forma por demás patente, hasta que la diana de Ayacucho clausura definitivamente cualquier ulterior esperanza de restablecer el dominio hispano en el continente.

Todos reconocen que hubo americanos y españoles en ambos lados de la línea de batalla (3), con señalados casos donde personalidades de la talla de Arenales, por ejemplo, combatieron por una causa que creyeron justa. Además, como elemento que abona lo que hasta aquí expresamos, existieron diversos contactos entre ambas facciones en lucha, como el entablado por San Martín ante La Serna, en razón del triunfo de las ideas liberales en la península, o la seguida por Espartero en el Alto Perú ante los centralistas de Buenos Aires. En suma, situaciones que se dieron a lo largo del tiempo en un marco acorde con

(2) En el espacio de 300 años las provincias americanas fueron regidas por 147 virreyes, de los cuales, salvo 4, todos habían nacido en la península. Sólo 14 entre 602 capitanes generales habían nacido en la América española.

(3) Ejemplos: el virrey La Serna, en el campo de Ayacucho, tenía a sus órdenes unos 9.310 hombres, de los cuales unos 1.000 eran peninsulares, el resto indios y criollos. Venancio Benavídez, el gaucho oriental que encabezó el llamado «Grito de Asencio» que inició la insurrección de la Banda Oriental, cayó en la batalla de Salta (20 de febrero de 1813) defendiendo con su vida el estandarte de la vieja España.

los sentimientos de que la mayoría de los combatientes hizo ostentación en oportunidades como aquellas que se hallan reflejadas en las crónicas de esas horas.

Cuando desde el Apostadero Naval de Montevideo se hizo la guerra a los juntistas de Mayo, se vivieron una larga serie de eventos, donde la crónica nos indica que este tipo de acontecimientos se dieron en un grado insospechadamente alto, dadas las especiales características del Río de la Plata, en los terrenos de la estrategia. Desde siempre, tanto Portugal como Gran Bretaña ambicionaron quedarse con esta región, por medios violentos o por otros carriles, siendo en este caso el estallido de las hostilidades entre ambos contendientes aprovechado para mover las piezas en el intrincado ajedrez político de aquellos momentos. En este relato, se poseen dos magníficas obras que esclarecen en forma patente las idas y venidas del momento: son éstas las obras que sobre el Apostadero Naval de Montevideo han escrito Homero Martínez Montero y Miguel A. de Marco (4), a las cuales remito al lector para observar *in situ* una situación cuyo desenlace final significó muchas cosas, como ser la misma desaparición del poder hispano sobre la región del Plata.

En esta crónica, nada avara para bien de la Historia, puede visualizarse la especial etiología de todo un proceso que, desde el 25 de mayo de 1810 a la final capitulación montevideana de junio de 1814, estuvo siempre sujeto a los avatares de todo un continente y de la misma península, en una hora de notable convulsión social y política plena de hechos de toda especie, donde los hombres del momento nunca pudieron desprenderse de sus sentimientos, sujetos a un proceso durísimo en el marco de una guerra de curso universal.

Ciertamente, durante estos años no faltaron hechos en los que se observaron sentimientos de unión que posibilitaron en diversas oportunidades la búsqueda de la paz y de un arreglo conveniente a ambos bandos enfrentados, que, ni que decir tiene, enarbolaban la misma bandera de fidelidad a Fernando VII; al menos al principio, pues es conocido que los juntistas bonaerenses, al menos los más entusiastas, soñaban con la independencia desde el inicio de este proceso. Por ello, paso a paso de las horas de este espacio histórico, nunca quedará fuera de la visión del interesado observador la posibilidad cierta —que existió— de que el proceso insurgente quedara ahogado, o bien de que se llegara a un último acuerdo donde quedara salvaguardada la soberanía del Rey hispano sobre la región.

Tal posibilidad siempre se halló latente, tanto en horas de derrota, cuando sólo los gauchos de Güemes detenían a los realistas o cuando sobre la región se cernió la amenaza de la expedición Morillo. De este tipo de disquisiciones, muy cercanas a la «ucronía», nadie podría hallarse exento, teniendo en cuenta las especiales características del proceso insurgente en general, ya en la hora en que Fernando VII era repuesto en su dignidad real. En este menester, en los planos del intelecto, de las ideas, la doctrina emanada de las mentes de Mayo,

(4) MARTÍNEZ MONTERO, Homero: *El Apostadero Naval de Montevideo*. Madrid, 1968; MARCO MIGUEL, A. de: *José María de Salazar y la Marina contrarrevolucionaria en el Plata*. Rosario, 1996.



El jefe de escuadra Jacinto de Romarate Salamanca. Óleo sobre lienzo, 117 x 85 cm, de Juan de Barroeta y Angisolea. Archivo-Museo «Álvaro de Bazán», El Viso del Marqués, Ciudad Real. N.º de Inventario 4784

deja poco en el terreno de las posibilidades de hallar una definición concreta, la cual sólo llegará ya pasado el año 1816 por el imperio de los caudillos federales, representantes genuinos del sentir de los pueblos del Río de la Plata.

Justamente el evento que pasamos a relatar ocurrió con la directa participación de uno de los caudillos rurales más famosos, Fernando Otorgués, genuino arquetipo del gaucho de las tierras de la Banda Oriental del río Uruguay, quien a la sazón era uno de los principales lugartenientes del entonces general José Artigas, jefe de los orientales, quien se hallaba a la cabeza de la insurgencia oriental y en conflicto con hispanos y bonaerenses.

Su contraparte era uno de los marinos más eficientes del Apostadero Naval de Montevideo, el héroe de San Nicolás (5), el entonces capitán de navío don Jacinto de Romarate, quien alcanzará en su carrera los máximos honores, siendo en la hora que señalamos la principal pieza en el organigrama estratégico que llevaba adelante el mando de la base montevideana (6).

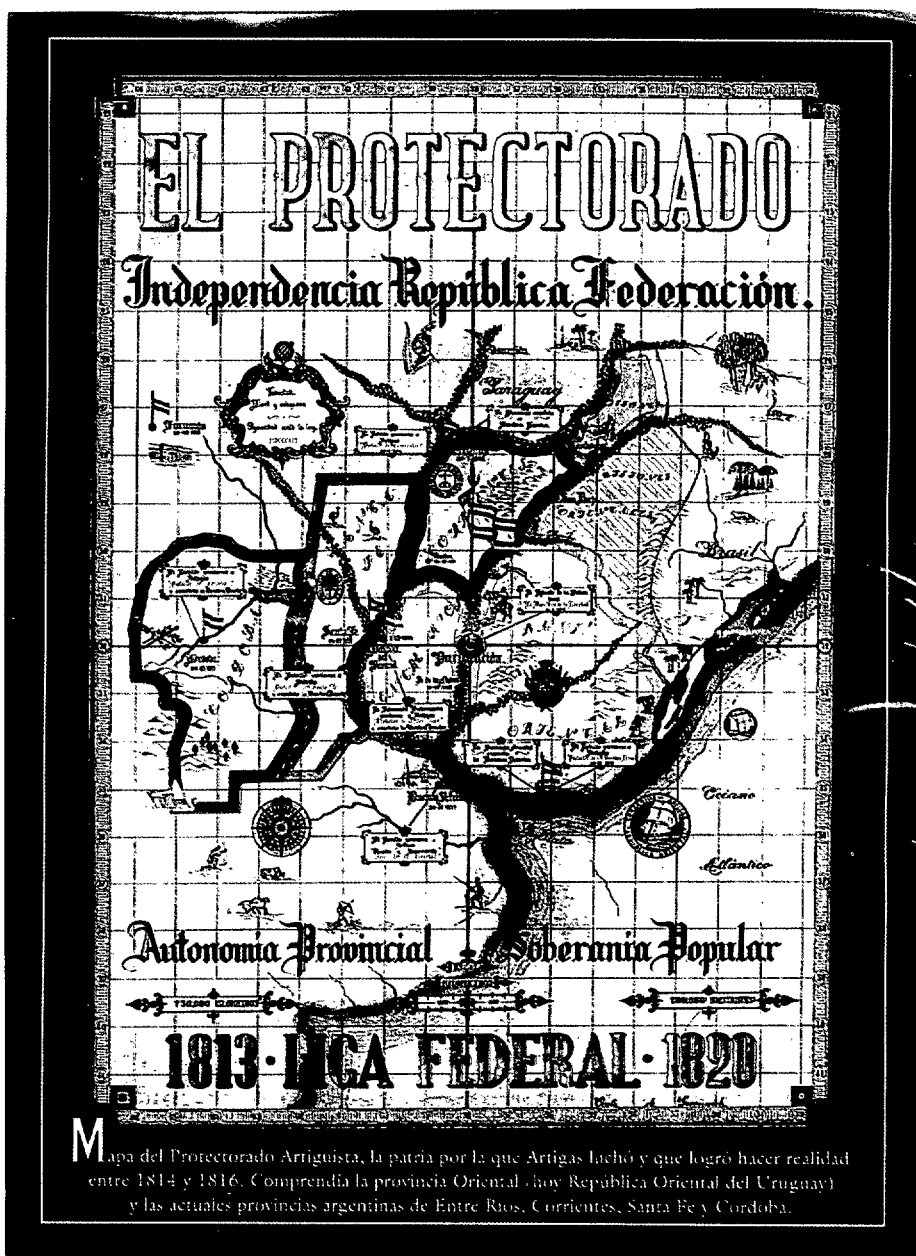
El mes de marzo de 1814 está señalado en la crónica rioplatense como el periodo en que las fuerzas navales bonaerenses logran iniciar la ofensiva sobre sus contrapartes, hecho que conduce hacia dos choques: el combate de la isla de Martín García, librado el día 2 de este mes, y la toma de la misma cuatro días después, cerrándose esta ofensiva insurgente con el combate del Arroyo de la China el día 28, hecho central de este artículo. Como se reconoce, estos eventos llevarán hacia el broche final, el combate naval de El Buceo, dado entre los días 14 al 17 de mayo de este año señalado, cuyo resultado llevará en forma casi inmediata a la capitulación de la plaza fuerte de Montevideo ante el «ubicuo» Carlos María de Alvear (7).

La mayoría de los «navalistas» rioplatenses señalan como un grave error estratégico la salida de Romarate hacia Martín García, ya que ello significó no sólo dividir las menguadas fuerzas del Apostadero, sino alejar del teatro de las

(5) 2 de marzo de 1811, combate realizado Paraná arriba con el resultado de la casi total destrucción de la flotilla bonaerense.

(6) Otros señalados jefes navales prestaron servicio en el Apostadero montevideano, como Juan Ángel de Michelena, José Primo de Rivera, José de Posadas, Miguel de la Sierra, etcétera.

(7) «Índigna conducta de Alvear: dueño de la Plaza, Alvear no respetó las cláusulas de la capitulación que él mismo firmó. Contrariamente a lo pactado, fue izado en la ciudadela el pabellón de Buenos Aires. El mariscal Vigodet, que tan valientemente había defendido los derechos del Rey, fue arrestado y despachado para Río de Janeiro sin explicaciones. A los jefes y oficiales se les envió a Buenos Aires en calidad de prisioneros, y los soldados en número de 5.000 fueron obligados a formar parte del ejército directorial. Considerándolo botín de guerra, el jefe argentino se apoderó de cuanto elemento bélico había en la plaza, enviando a Buenos Aires las cañoneras de la flota realista, 300 cañones y 8.000 fusiles.» H.D.: *Ensayo de Historia Patria*. Montevideo, 1945. Corresponde decir que cuando Vigodet subió a la cubierta del buque insignia de Brown, cargado de cadenas y sin un céntimo, el almirante procedió a liberarlo inmediatamente, y condoliéndose de la indigna conducta de Alvear, le entregó una cifra de dinero de su bolsillo para su viaje a Río de Janeiro. Digna mención que ensalza al jefe naval más prestigioso que navegó el Río de la Plata, que a lo largo de su carrera también supo servir a la Marina de la República Oriental.



Mapa del Protectorado Artiguista, la patria por la que Artigas luchó y que logró hacer realidad entre 1814 y 1816. Comprendía la provincia Oriental (hoy República Oriental del Uruguay) y las actuales provincias argentinas de Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe y Córdoba.

aguas cercanas a Montevideo al mejor jefe que éste poseía en aquel momento, o al menos al marino peninsular más temido por las gentes de Brown, cosa de la que no se hallaban equivocados teniendo en cuenta los eventos de Martín García y el de Arroyo de la China, río Uruguay arriba. Quizás en una sumato-

ria de consideraciones, no hubiera existido otro camino más prudente pues el dominio de los ríos era cosa absolutamente indispensable para la sitiada plaza, por obvias razones de supervivencia en los planos materiales, pues los víveres se obtenían mediante incursiones sobre las costas.

Caillet-Bois, Quartaruolo, Bosch, Martínez Montero y otros «navalistas» rioplatenses han dedicado varias páginas al combate del Arroyo de la China y todos los hechos que giraron alrededor de esta victoria montevideana. Por ello, debemos basarnos en éstos para entrever la situación que se vivió en esa porción del río Uruguay. Empero, antes de pasar al relato, debemos señalar el especial momento que vivía la región y el universo hispano en particular, estando la ciudad de Montevideo sometida a un riguroso sitio por tierra, ahora amenazado por la creación de la escuadrilla a las órdenes de Guillermo Brown, hecho que significa la posibilidad del bloqueo, si es que no se disipaba esta eventualidad mediante un choque decisivo.

La campaña oriental se hallaba en armas en su casi totalidad, tanto enfrentada a los peninsulares como a los lusitanos que amenazaban desde el Río Grande y, por supuesto, en situación de plena hostilidad contra el juntismo bonaerense, que había pactado con los portugueses, por un lado, y luego declarado a José Artigas «reo de lesa nación» por no aceptar sus dictados políticos. Es ésta una decisión muy comentada por los historiadores uruguayos que debe enmarcarse en la antigua lucha de puertos, en la que el poder de la capital virreinal, desde siempre, había intentado inclinar más aún la balanza hacia sus deseos. Y de este especial caso se han escrito decenas de obras en ambas bandas del Plata.

«Al saber la deserción de Artigas, el novel director de la Junta de Buenos Aires, Gervasio Posadas, se había estrenado dictando contra él un decreto bárbaro y sanguinario que lo declaraba “infame, traidor y enemigo de la patria”, ofreciendo 6.000 pesos al que lo entregase “vivo o muerto” (febrero de 1814). El audaz caudillo respondió al decreto declarando la guerra al Directorio y marchando a sublevar contra éste las provincias del litoral, Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe. Estas provincias estaban a la sazón tiranizadas por los emisarios de Buenos Aires. Enteradas del ideal de Artigas, expuestas en sus Instrucciones del año 1813, abrazaron con entusiasmo su causa federal, aclamándolo como Protector de los Pueblos Libres. Poco después se les unía la provincia de Córdoba. Estas cuatro provincias formaron con la Banda Oriental y las Misiones, la célebre Liga Federal frente a la “oligarquía despótica de Buenos Aires”» (8).

De esta forma, José Artigas se alzaba como el primer federalista argentino, amenazando a la ex capital virreinal en territorios que ésta creía propios, y en un terreno político donde el viejo centralismo bonaerense había abusado de los fueros de las restantes provincias del mundo platense, con el resultado conocido. Y de esta forma la guerra civil ya se hallaba, en este año

(8) H.D.: *Ensayo de Historia Patria*. Montevideo, 1945. Capítulo IV, p. 344.

marcado de 1814, en un periodo de *in crescendo*, justamente cuando ya en la lejana Madre Patria las últimas tropas del corso rebasaban los Pirineos para nunca volver (9).

El combate naval de Martín García, como señalamos, dividió a las fuerzas navales del Apostadero, el cual quedó librado a disputar con Brown el control del Río de la Plata pues el marino bonaerense, con gran tino, dispuso inmediatamente que el objetivo principal era Montevideo. Por ello una fracción pequeña de sus fuerzas se lanzó río Uruguay arriba en seguimiento de Romarate.

El «navalista» argentino Teodoro Caillet-Bois nos dice sobre la acción del Arroyo de la China: «La escuadrilla de Romarate, expulsada de Martín García y escasa de recursos y municiones, continuó remontando el Uruguay hasta el Arroyo de la China (Concepción del Uruguay), y en todo el trayecto —Soriano, Landa, Concepción— fue socorrida y abastecida hasta con pólvora por Fernando Otorgués y demás subalternos de Artigas, sin cuyo auxilio habría sido fácilmente reducida. Cinco días después de la toma de la isla despachábase de Buenos Aires una flotilla para acabar con el enemigo, al que se suponía escaso de munición. Formaban dicha flotilla, que iba al mando del norteamericano Tomás Notter, los siguientes barcos:

Sumaca <i>Trinidad</i>	14 cañones	100 hombres, insignia.
Balandra <i>Carmen</i>	15 cañones	52 hombres, Spiro.
Goleta <i>Fortuna</i>	5 cañones	40 hombres, Zufriategui.
Cañonera <i>Americana</i>	1 cañón	26 hombres, Seguí.
Falucho <i>San Martín</i>	3 cañones	37 hombres, Hernández.

Notter encontró a Romarate en la boca del Arroyo de la China acoderado en una fuerte posición que protegían tropas y cañones en tierra. Además de los bergantines *Belén* y *Aránzazu*, contaba con una sumaca, la *Gálvez* y cinco cañoneras, *Murciana*, *Perla*, *Lima*, *Americana* y *San Ramón* sumando una fuerza muy superior a la patriota. A pesar de estas desventajas, Notter, a la una de la tarde, cerró sin vacilar pasando en sus bordadas a tiro de pistola de enemigo. Este arrojó fue su perdición, pues contrariamente a las suposiciones se vio cogido por nutrido fuego, y quiso su mala suerte que la *Trinidad* varase no bien empeñado el combate, en crítica postura y a corta distancia del adversario. En tales condiciones las baterías de éste pudieron despacharse a mansalva sobre la desventurada sumaca y Notter fue de las primeras víctimas. Sesenta de sus hombres caen con él, muertos o heridos, en breve espacio de tiempo, entre los últimos los oficiales Smith, Hubac y Ceretti. Con todo, y desesperada como está la situación, los sobrevivientes no pierden la serenidad, y Nicolás Jorge, único oficial remanente, consigue

(9) 1815 señala el comienzo del apogeo del general José Artigas. Su influencia está marcada en la historia de la República Argentina en capítulos que señalan su notoria ascendencia sobre el federalismo rioplatense.



El capitán general de la Armada Casimiro Vigodet y Garnica. Óleo sobre lienzo, 126,5 x 95,5 cm, de José Álvarez de la Escozura. Museo Naval, Madrid. N.º Inventario 4603

a fuerza de habilidad y sangre fría poner a flote el maltrecho casco. Secunda eficazmente a éste un joven de 22 años, Leonardo Rosales, artillero y mayordomo dispensero de la sumaca, que hace aquí aparición en nuestra historia. El combate duró tres horas y media y le puso punto final la voladura de la balandra. Según la tradición y las *Memorias* de Brown, la *Carmen* había varado también y la voladura fue provocada por Spiro, quien se sacrificó heroicamente para evitar que su barquichuelo cayera en poder del enemigo. De los 40 tripulantes de la *Carmen* salváronse 25. Si la acción estaba perdida, el honor quedaba incólume, y la escuadrilla patriota, con el pabellón enlutado pero bien alto, se retiró aguas arriba al mando de Hubac. Los realistas, por su parte, habían sufrido 25 bajas» (10).

Por su parte el «navalista», también argentino, Mario Quartaruolo, indica en el meollo central de este asunto diversos conceptos sobre las conductas de Romarate y Otorgués en la emergencia de este día 28 de marzo de este año tan importante para la historia rioplatense: «Brown sabe que Romarate no tiene casi pólvora ni municiones y envía entonces una escuadra a perseguirlo. Ahora se ha descifrado otro enigma a través de documentos españoles. Se hacía aparecer a José Artigas como traidor a América al entregar pólvora y municiones a Romarate. No le entregó pólvora ni munición, sólo víveres, porque Artigas estaba en conflicto armado con Buenos Aires. Se creyó de buena fe que Artigas lo había ayudado también con armas y elementos de guerra. Está probado que la división auxiliar que se envió de Montevideo al mando del capitán de fragata Primo de Rivera, le mandó dos lanchones con pólvora y munición que sucesivamente consiguieron, a través del delta, eludir a la armada patriota y llevarle esos elementos» (11).

El historiador uruguayo Francisco Bauzá, en su obra *La dominación española en el Uruguay*, especifica que la relación de Otorgués con Romarate se hizo para auxiliar a las familias evacuadas de la isla de Martín García, carentes de todo y en una difícil situación. Incluso aclara lo referente a las comunicaciones que las autoridades montevidéanas hicieron llegar a Romarate mediante los salvoconductos dados por las fuerzas orientales que dominaban la campaña en su casi totalidad. Luego comenta las actitudes del gobernador de Montevideo, el mariscal Gaspar de Vigodet, que se carteo con Otorgués, no sólo con objeto de mantener el contacto con la flotilla bloqueada en el río Uruguay, sino que trató de llegar a algún tipo de acuerdo con José Artigas, haciéndole inclinarse hacia su causa, cosa que nunca se llevó a cabo por obvias razones.

En este caso, el «navalista» uruguayo Homero Martínez Montero es quien, al analizar las fuentes en un magnífico trabajo hermenéutico, inter-

(10) CAILLET-BOIS, Teodoro: *Historia Naval Argentina*. Buenos Aires, 1944. Capítulo VI, p. 95.

(11) QUARTARUOLO, Mario V.: *Guerra naval de la Independencia*. Buenos Aires, Temas de Historia Marítima Argentina, 1970. Capítulo V, p. 103.

preta en forma aún más cabal este momento, donde las tres facciones en lucha, más la poderosa fuerza portuguesa que se agazapaba en la frontera, intercambiaban en forma casi continua una febril actividad epistolar, a espaldas de las hostilidades que se hacían en forma dura pero intermitente, en búsqueda de ganar posición ante la entidad de la situación.

Martínez Montero da luz a las comunicaciones de Romarate al mando del Apostadero, haciendo hincapié en lo referente a los hechos citados: «Al anochecer de ayer, di fondo con toda mi división frente al arroyo del Vizcaíno, y al romper el día de hoy he mandado un parlamento a Soriano pidiendo carne fresca para los buques. Si tengo este recurso podré hacer durar mis víveres por más tiempo, pero sin embargo es urgentísimo que V. S., contra todo riesgo y por todas las vías practicables, me remita cuando antes lo que pueda, así como las municiones. Hoy he logrado carnear en Landa y luego que el tiempo lo permita pienso ir a fondear en el Arroyo de la China, donde me han informado se halla don Fernando Otorgués, con quien llevo ánimo de tratar sobre el modo de subsistir aquí hasta recibir aviso de V. S.».

Luego publica la respuesta del capitán de navío Miguel de la Sierra (12) sobre el punto en cuestión: «Entretanto V. S. tratando con el Señor Otorgués como me dice, de cuyos nobles y generosos sentimientos estoy informado, y a quien el señor capitán general escribe en esta ocasión, igualmente que al señor don José Artigas, procurará conservar y mantener al Rey y a la Nación unas fuerzas que la casualidad ha puesto en ese punto, tal vez con grande utilidad del servicio, y en favor de nuestra buena causa» (13).

Martínez Montero, para dar a su análisis una visión más cercana de la realidad de estos eventos, incluye en su obra ya señalada un anexo en el que publica toda la correspondencia habida entre estos personajes, así como su última gestión ante el director bonaerense, Gervasio A. de Posadas, ante el cual capitula, luego del desenlace de la caída de Montevideo (14). Por ello, vale la pena sacar a la luz una de estas misivas, donde Romarate explica a su jefe, don Miguel de la Sierra, los avatares del combate del Arroyo de la China y la actitud de Otorgués: «El día 21 del corriente dije a V. S. mi situación por el falucho *Sabeyro* que al efecto despaché desde el arroyo del Vizcaíno, y al siguiente me dirigí aguas arriba hasta la boca del arroyo de la China con ánimo de tratar con el señor Fernando Otorgués sobre el modo de proporcionar víveres para la subsistencia de esta división, ínterin recibía auxilios y órdenes de V. S. Para conseguir esto me costó navegar incesantemente a la vela y espía hasta la mañana del 28, que hallándome ya cerca del expresado arroyo pasé al amanecer a tierra, donde después de haber largado bandera parlamentaria tuve mi sesión con él, y la gran satisfacción para mí de hallarle sumamente adicto a la unión con Montevideo, en prueba de lo

(12) MARTÍNEZ MONTERO, Homero: *El Apostadero de Montevideo, 1776-1814*. Madrid, 1968. Anexo 19, p. 237.

(13) *Ibidem*, p. 240.

(14) *Ibidem*, p. 247.

cual me hizo los más vivos ofrecimientos de auxiliarme con cuanto estuviera a su arbitrio. Eran ya las doce y media del día cuando oí un cañonazo llamándome del *Belén* y en seguida recibí aviso de que muy cerca de nuestros buques, por encima de las islas, se veían cinco velas, al parecer enemigas, navegando en vuelta de la división. Con esta noticia me puse inmediatamente en camino y llegué a bordo cerca de las dos, donde tuve el gusto de hallar todos los buques acoderados a boca del arroyo en el mejor orden, por las acertadas disposiciones del comandante del *Belén*, el teniente de fragata don Ignacio Reguera. Luego que llegué se rompió un fuego vivísimo por ambas partes a bala y metralla sufriendo los enemigos muchas averías en sus aparejos y probablemente muchísimas desgracias en sus tripulaciones, por la gran proximidad en que unos y otros buques se batían. Hubo varias veces en que sólo distaban un tiro escaso de pistola y los cañones de a 18 de mi división jugaban con la mayor ventaja y velocidad. Duró este fuego hasta cerca de las tres y media en que la balandra enemiga llamada el *Sapo*, por un cañonazo de a 18 bien dirigido de este buque voló y desapareció en humo. Este accidente aterró a los enemigos de manera que se pusieron en fuga navegando en popa río arriba largando cada uno cuanta vela tenía en la triste situación en que se hallaba. La mía que cada vez va siendo más crítica, por la escasez de municiones, me ha imposibilitado de conseguir una completa victoria que he tenido que dejar huir de mis manos con el mayor dolor. Sin embargo tengo la satisfacción de haber escarmentado completamente a los enemigos que han tenido la osadía de atacarme en este punto, sin duda porque me creían absolutamente sin municiones para defenderme. Otorgués me ha ofrecido el auxilio de pólvora que pueda, así como la galleta y carne que necesite para tomar las medidas convenientes a la reunión de estas fuerzas con las que considero habrán salido ya de ésta. Cada día se me suministran gratuitamente seis reses por orden de Otorgués, para el gasto de la división, y luego que me halla [sic] auxiliado con la pólvora y galleta que llevo indicadas, le considero acreedor en sumo grado a las gracias del Gobierno nacional a quien espero se servirá V. S. recomendarlo con todo el encarecimiento debido. A igual recomendación considero acreedores los oficiales y demás individuos que tripulan estos buques, tanto por su constancia en los trabajos y escaseces de víveres, como por la bizarría y denuedo que han manifestado en las acciones de los días 10, 11 y 28 del corriente. Nuestras pérdidas en estos días han sido de cinco muertos y veinte heridos, la mayor parte de poca consideración, cuando por un prisionero que tengo a bordo he sabido que en sólo las acciones de los días 10 y 11 perdieron los enemigos más de 60 hombres muertos y una infinidad de heridos. El comandante don Fernando Otorgués se me ha ofrecido para la conducción segura por tierra de este pliego que he fiado a su celo con la esperanza de que dentro de pocos días será puesto en manos de V. S. Este jefe está deseando la llegada de los comisionados de esa parte para la transacción de las diferencias de la campaña con esa plaza, y por mi parte debo decir a V. S. que hallo urgentísimo su venida para finalizarlas cuanto antes, pues sus deseos son los más

ventajosos a la causa pública. Dios guarde a V. S. muchos años, a bordo del bergantín *Belén*, en el Arroyo de la China, 30 de marzo de 1814 =Jacinto de Romarate= Sr. D. Miguel de la Sierra».

Todo este duro entorno para la división de Romarate, aislado aguas arriba y en una dual posición, culminará luego de la capitulación de Montevideo. Pero previo el paso hacia la inevitable entrega de sus unidades, Romarate se halló inmerso en una jugada estratégica del jefe de los orientales, como bien lo señala Martínez Montero, pues Artigas buscó ganar la plaza de Montevideo para su causa, insinuación que no tuvo lugar. En el mismo anexo que comentamos se hace luz a una carta de Artigas a Romarate en la que el caudillo oriental hace ver al jefe montevideano lo apurado de su situación, bloqueado como está, pues Brown se interpone entre su base y el río Uruguay, y entonces le sugiere que: «en tales circunstancias si V. S. quiere entrar en algún convenio conmigo para entregarse a mí no queriendo exponerse a caer bajo la mencionada escuadra de Buenos Aires, suba V. S. con los buques de su División hasta Paysandú, y entonces podré yo legítimamente proveer a su seguridad. Admitida por V. S. esta proposición, espero que me la noticiará V. S. al momento para ir al enunciado punto; y de lo contrario sepárese V. S. inmediatamente de las costas, o será batido por mis tropas».

La durísima nota del jefe de los Orientales era clara: buscaba ganar la división y quizás al mismo Romarate (15) para sus fuerzas y la causa que defendía. Martínez Montero agrega a todo esto que Artigas se hallaba en tratos con el gobernador Vigodet, que dicho sea de paso también se hallaba en contacto con Buenos Aires; empero, ello no significaba doblez, ni siquiera buscar un aprovechamiento del momento, sino un desarrollo totalmente acorde con la hora en el marco de un proceso de convulsión civil.

La respuesta de Romarate denota que su situación no afloja su carácter ni afecta su espíritu: «... el atraso de noticias que V. S. me manifiesta en su oficio del 13 (mayo de 1814) del corriente que acabo de recibir, me ha sorprendido cuando a nadie mejor que a V. S. consta la realidad de intención con que se halla el señor capitán general de estas provincias, don Gaspar de Vigodet, de transar diferencias con los orientales siempre que este negocio lleve por bases el honor y la felicidad públicas. El convencimiento en que me hallo en dicha intención me ha dado lugar a hacerla valer en los puntos de mi surgidero en el Uruguay; y por esto mismo el señor comandante general de orientales don Fernando Otorgués ha estado conmigo en franca y amigable comunicación. Ha durado ésta hasta el 19 del corriente fecha en que fue interrumpida por una orden de V. S. que al efecto recibió el comandante militar de Soriano, y no puedo menos de extrañar la diferencia que se nota en la conducta de V. S. y la del comandante general. De ambas juzgará el tribunal de la Nación, a quien doy parte de todo, y V. S., que tuvo algún

(15) Carta de fecha del 13 de marzo de 1814 desde el cuartel general, que en ese momento debería ser el potrero de Arerunguá.

tiempo el honor de servirla, espero se abstenga en lo sucesivo de hacerme propuestas que vulnerarían el honor del militar menos delicado. Si las fuerzas de mar de Buenos Aires que a V. S. tienen con tanto cuidado llegaren a penetrar en el Uruguay, sabré recibirlas con la bizarría que compete a los valientes que tengo a mis órdenes, escarmentándolas por última vez; y con la misma rebatiré las tropas de V. S. siempre que se acerquen a incomodarme en los puntos de la costa que yo toque con mis buques. Muy doloroso me será tocar a este extremo cuando me lisonjeaba de que la armonía entre mis fuerzas y las de los orientales debía producir efectos más felices».

Esta nota de Romarate lleva fecha del 24 de este mes, a apenas una semana de la derrota de Miguel de la Sierra en El Buceo. Obviamente, ni Artigas ni el jefe montevideano conocían esta nueva, que se desarrolló entre las jornadas del 14 al 17 del corriente, por lo que se debe suponer que el planteamiento de las negociaciones entre Vigodet y los orientales estaba llevando un camino totalmente negativo. Francisco Bauzá indica los planteamientos que se estaban sucediendo en estos meses en que la suerte misma del Río de la Plata se estaba jugando, dando luz a los trabajos del Cabildo de Montevideo para ganar a Fernando Otorgués, tanto como afecto a la causa de Montevideo, como interceptor ante la personalidad de José Artigas, como supremo ejecutor de la causa de la Banda Oriental: «Entre tanto, se hacía por Vigodet la última tentativa ante Otorgués; creyendo los de la Plaza conseguir algo en esta ocasión, porque el caudillo había tenido algunas deferencias con ellos. Recordaban que a una requisición de Romarate avisándole la aflicción de las familias embarcadas en sus buques, había contestado ordenando a los destacamentos del Bajo Uruguay que los proveyeran de carne. Asimismo, acababa de consentir en que dos dragones suyos trajeran a la plaza pliegos del mismo Romarate, dando cuenta a Vigodet del itinerario que pensaba tomar con sus barcos, casi aislados y perdidos» (16).

Por esta acción, los dos orientales referidos fueron premiados por los cabildantes, pese a que el proceso de mediación no obtuvo nada para ambas facciones. A estas alturas, la figura de Otorgués se presentaba diáfana para las gentes de la causa peninsular, siendo claro destacar que luego de la última admonición de Artigas no hubo rotura de hostilidades entre los orientales y la flotilla de Romarate hasta que la noticia de la capitulación de la plaza de Montevideo hizo entrar a las gentes de mar montevideanas en un curso similar al que habían penetrado sus mandos naturales. La disyuntiva para Romarate era clara: capitular lo más generosamente posible para su causa, ante quien le garantizara un retorno a la península con plena felicidad y con la totalidad de sus gentes y medios.

Así, llegó la última misiva habida entre Romarate y Otorgués, letra que es la que, finalmente, da curso al cierre de este evento, desapareciendo para

(16) BAUZÁ, Francisco: *Historia de la dominación española en el Uruguay*. Montevideo, 1950. Tomo VI, Capítulo I, p. 118.



Fernando Otorgués

siempre el pabellón español del Río de la Plata como factor dominante.

«La entrega de la Plaza hecha por Vigodet a Buenos Aires no deja a V. S. otro recurso, sino colocarse entre los brazos de nuestra fidelidad. Todo otro medio es nocivo si se miran sus consecuencias. Verificado esto, asegure V. S. su Escuadra en los puntos de más seguridad que proporcione el río Negro, remitiéndome los soldados y armas que se hallen en esos buques. De no verificarlo a las cuatro horas de haber recibido éste, quedan rotas las hostilidades y cualquier individuo de su mando será tratado como prisionero de

guerra. Dios guarde a V. S. muchos años, Campo volante en Santa Lucía, 29 de junio de 1814 = Fernando Otorgués = Señor Comandante de las fuerzas marinas.»

La contestación del jefe naval expresa sorpresa ante la situación, resolviendo ponerse en guardia para sopesar la conducta a seguir, dejando como siempre bien alto su compromiso con su pabellón: «Me ha sorprendido muchísimo la inesperada entrega de la Plaza de Montevideo a las tropas de Buenos Aires e igualmente la premura con que V. S. exige le entregue la tropa y armas de los buques nacionales de mi mando. Esta determinación sería una imprudencia en mí, cuando hasta ahora por ninguna vía he recibido las capitulaciones bajo las cuales se ha entregado dicha plaza. Luego que por medio seguro se me comunique participaré a V. S. mi resolución, que siempre será arreglada a conservar el honor del pabellón nacional que tengo a mi cargo. En este momento trato de separarme de estos pueblos, a quienes de ningún modo pienso hostilizar, si un rompimiento imprudente de su parte no me precisa a ello. Dios guarde a V. S. muchos años. Bergantín *Belén*, en el río Negro a 4 de Julio de 1814. Jacinto de Romarate = Fernando Otorgués».

Con ese evento al frente, diez días después se verifica la capitulación de las fuerzas al mando de Romarate, en este mismo río ante el plenipotenciario enviado por Buenos Aires. No quedaba otro camino, pues los porteños aseguraban plenamente a los oficiales y sus familias el regreso a la penínsu-

la, previa entrega de sus buques, que quedaban a las órdenes de las autoridades bonaerenses, así como la marinería y demás gentes de mar permanecerían como prisioneros de guerra, con las seguridades del caso. Ante este desarrollo no cabe sino asumir que Jacinto de Romarate obró en esta emergencia de una manera ejemplar, ya que el camino del escape se hallaba muy lejano, aislado totalmente de cruzar a tierras lusitanas por impedirlo las condiciones del estado de la campaña, y aun con el grave peligro de un enfrentamiento con los orientales, en lucha sin cuartel con los bonaerenses. Quizás queda el ejemplo de su conducta para el porvenir, pues cualquier jefe debiera haber actuado de tal forma, enfrentado a tan difícil contingencia, cuando ya casi nada más había por hacer.

Además, la conducta de las autoridades de Buenos Aires aseguraba a Romarate esta salida, en el plano de la honorabilidad de la referida capitulación, donde el suceso protagonizado por Alvear había sido oscurecido mediante las prestigiosas figuras de Brown y el director Posadas, de probada respetabilidad.

Ya en su patria, Romarate pasaría sin mayores problemas por las debidas investigaciones que los mandos levantaron ante la conducta de aquellos jefes involucrados en los sucesos del Río de la Plata, de obvia repercusión para los intereses de la vieja España. Su impecable carrera siguió adelante (17), lo mismo que en el periodo de su actuación rioplatense, que ha quedado marcado en forma patente, como hemos visto, en las crónicas de un momento auroral para el destino de esta parte de Hispanoamérica, siendo partícipe de ese conflicto intestino que sacudió la región. La totalidad de los investigadores de tamaña época lo hacen sobresalir del resto de sus camaradas, tanto por sus innegables virtudes navales, ya que se retiró prácticamente invicto de la lucha, como por las notables condiciones de negociador que tuvo en sus contactos con las dos facciones enfrentadas. Y de esto último ya conocemos que unos u otros se disputaron su fuerza, a sabiendas de que su fracción era la más homogénea de las que contaba el Apostadero Naval de Montevideo, siendo las consideraciones de Guillermo Brown, a estas alturas justamente considerado como el jefe naval más prestigioso que navegó el Río de la Plata, las que lo elevaron a la justa fama que se ha ganado dentro de la historia común a estos pueblos.

En referencia a la figura de Fernando Otorgués, la vida le tendrá deparados otros destinos, en el marco de un espacio-tiempo histórico en que los lugartenientes de José Artigas debieron luchar fieramente, hora a hora, día a día, contra un enemigo implacable que tanto atacó desde el norte, como de

(17) Guardiamarina en 29 de mayo de 1792; alférez de fragata en 30 de octubre de 1793; alférez de navío en 8 de octubre de 1802; teniente de fragata en 8 de diciembre de 1804; teniente de navío en 24 de febrero de 1807; capitán de fragata en 23 de noviembre de 1807; capitán de navío graduado en 24 de mayo de 1811; brigadier graduado en 12 de septiembre de 1819. 42 años de servicio. Archivo-Museo «Álvaro de Bazán», El Viso del Marqués, Ciudad Real.

todo punto donde los orientales llevaran su prédica. Si recurrimos a sus biógrafos, es sin duda Enrique Patiño (18) el que discurre por una derrota donde se ubica el caudillo en un digno lugar, dando rienda suelta a un necesario revisionismo, donde la hermenéutica se halle en primer lugar. Por ello bien vale asignar un espacio a quien ocupó páginas enteras de la crónica rioplatense en aquellos tiempos de enfrentamientos sin par:

«Entre los segundos de Artigas que con insuperable valentía y constancia lucharon contra las diversas ocupaciones que sufrió la Banda Oriental, fue Otorgués el más caracterizado como militar y de los más importantes por los mandos y las funciones de gobierno que ejerció. En los momentos culminantes de su actuación guerrera y política, tuvo Otorgués casi tanto relieve como el propio Artigas. Los poderes extranjeros que, sucesivamente, asentaron su dominio en la Banda Oriental, reconocieron su prestigio y procuraron atraerle a sus respectivas causas, como medio de concluir las contiendas en que estaban empeñados. El gobernador español Vigodet, encerrado con su ejército en la plaza fuerte de Montevideo, fue el primero que abrió negociaciones con Otorgués en 1814, valiéndose de Romarate, comandante de su escuadrilla naval, con la esperanza de ser ayudado por los jefes nativos en la guerra contra Buenos Aires. Después, la corte de Río de Janeiro quiso propiciar un entendimiento con Otorgués, prescindiendo de Artigas, para restituir la Banda Oriental a la Corona española en la segunda mitad del mismo año 1814; y por último, en 1817 para separarlo de la causa oriental, a fin de que la ofensiva militar luso-brasileña venciera con más facilidad la resistencia que oponían Artigas y sus parciales. La verdad es que Otorgués, de fuerte aunque tosca mentalidad, se prestó a los juegos diplomáticos del general Vigodet, de la princesa Carlota Joaquina de Borbón y del director Pueyrredón quienes, sin embargo, no lograron envolverle en las maniobras políticas que comprometieron su buena fe y lealtad tanto o más que las del jefe oriental. Otorgués permaneció en lo fundamental completamente adicto a la causa nativa, lo que en la oscuridad y confusión de los tiempos puede servir de suficiente justificativo histórico a un caudillo de inferior cultura en quien la aptitud para la acción era la cualidad sobresaliente. Antecedentes son éstos de la mayor importancia para conocer la verdadera fisonomía moral de Otorgués, que una implacable crítica histórica presenta deformada a la posteridad. El brioso caudillo cayó prisionero de los luso-brasileños por sorpresa en 1818 y con este episodio terminó su vida pública. Hasta el año anterior, el director bonaerense Pueyrredón buscaba su cooperación, tratándole de igual a igual: pero el intento de atraerlo a la causa porteña fracasó. Desde entonces, y no antes, comenzó contra él la campaña de difamación que no le ahorró calificativo por infamante que fuera y que aún hoy le atribuye todas las maldades, los procedimientos más crueles y los atropellos más execrables. Nació Otorgués en el seno de una familia bien constituida. Su padre de nombre José era oriundo de Tamarite de Litera, de la provincia

(18) PATIÑO, Enrique: *Los tenientes de Artigas*. Montevideo, 1936.

de Huesca, en el antiguo reino de Aragón, cuyos habitantes se caracterizaron por la pertinacia de su carácter, su incorruptible honradez y su valor. Obtenido su retiro del Cuerpo de Dragones por invalidez, José Torguet (Otorgués, para el léxico criollo) permaneció en Montevideo donde fundara su hogar, falleciendo en 1780 a los 44 años de edad. También por su madre, Feliciano Pérez, era de sangre española, que había heredado los rasgos distintivos de su ascendencia aragonesa. Era blanco de color, alto y esbelto, de recio carácter, de soberbia apostura e indómito valor que le atrajeron las simpatías de los nativos. Siendo de familia pobre recibió una instrucción incompleta; sólo aprendió a leer, escribir y algo de contabilidad, y desde muy joven se dedicó a las tareas de campo. Su fuerza y su arrojo para dominar el toro y el potro salvaje, su maestría de jinete y su habilidad para el manejo del lazo y las boleadoras, dieron a Otorgués un gran renombre que perduró por años. Desde sus primeros tiempos de su actuación en el regimiento de Blandengues de la Frontera, José Artigas contó con su colaboración, cubriendo el servicio fronterizo de la Banda Oriental hispánica para reprimir el contrabando, que tuvo su época dorada de auge a finales del siglo XVIII y principios de XIX. En 1801 tuvo lugar una de las más encarnizadas escaramuzas, en la que el capitán José Artigas con una partida, entre los que se distinguía Fernando Otorgués, sorprendió una fuerza portuguesa que arreaba ganados para el Río Grande. Otorgués y sus hermanos José y Matías tomaron las armas al producirse la invasión inglesa de 1806; el primero como cabo y Matías en clase de soldado de artillería formaron en las tropas que Montevideo movilizó para tentar la reconquista de Buenos Aires. Este último figura en la "Relación de los oficiales y tropa del Real Cuerpo de Artillería, que tomaron parte en las acciones del 10 y 12 de agosto de 1806 en la reconquista de Buenos Aires", suscrita por el capitán Francisco Agustini, y José obtuvo cédula de inválido en 1809. Fernando Otorgués, como sargento de las milicias de Colonia, tuvo eficaz intervención en la arriesgada empresa que llevó a buen término la capacidad militar del capitán Liniers. Encargado de abastecer el ganado de silla y de arrastre para la columna expedicionaria, Otorgués reunió 800 potros que hizo domar durante las marchas a Colonia, y merced a su actividad los cañones y el tren pudieron llegar al paraje de embarque, al mismo tiempo que las tropas. Iguales servicios prestó durante las marchas de aproximación a Buenos Aires, concurrendo con sus hermanos a las vigorosas acciones que libertaron la ciudad del invasor inglés. El gobernador Elío tuvo en cuenta sus servicios, y sobre la reclamación de Otorgués mandó que se le abonaran los haberes de la clase de sargento. Al comenzar el año siguiente, la flota británica con fuertes tropas de desembarco, echó anclas frente a Montevideo. Como voluntario del Cuerpo de Caballería que movilizó el virrey Sobremonte, Otorgués asistió a las fuertes escaramuzas libradas en el Buceo, entre la columna de las tres armas que mandó el coronel Allende y las tropas del general invasor Auchmuty. En los días 16 a 18 de enero de 1807 estas tropas desembarcaron y con el fuego de la artillería embarcada, combinado con el de su poderoso tren, rechazan a Allende,

que debe retirarse dentro de los muros de la plaza. Las milicias de las que formaba parte Otorgués también intervinieron en el decisivo combate del Cristo el día 20, en que 2.400 hombres de la guarnición montevideana mandados por el brigadier Lecocq se enfrentaron valerosamente, aunque con resultado adverso, a los regimientos de infantería británica 38, 40, 47 y 48, apoyados por varios cuerpos de cazadores y dragones, junto a dos baterías de artillería. Igualmente se aliaron estos milicianos en la heroica defensa de Montevideo que hicieron las tropas españolas y los cuerpos de nativos, en número de 3.000 hombres, desde el 21 al 3 de febrero de 1807, hasta que fueron batidos por los 6.000 soldados veteranos de Inglaterra, y el fuego graneado de las piezas de 30 barcos de los 100 que formaban la más poderosa escuadra que vio el Plata desde los días de Cevallos. Al término de la ocupación inglesa, Otorgués volvió a las faenas de campo, hasta que los criollos se alzaron en 1811 contra el dominio hispánico. Como capitán de milicia acude al llamamiento de Artigas y bajo su mando toma parte en la batalla de las Piedras» (19).

Sobre la actuación de Otorgués en los hechos citados, su biógrafo nos dice con referencia a lo sucedido, luego de que cayera prisionero de los lusitanos el 6 de mayo de 1818 siendo enviado, cargado de cadenas, hacia las prisiones del Brasil, junto a otros jefes artiguistas caídos en su misma desgracia: «Fernando Otorgués fue enviado por el general Lecor (20) a Río de Janeiro y confinado junto con otros orientales célebres en el pontón *A Gloria*, donde sufrió grandes privaciones que alteraron su salud ya precaria. La intervención de don Francisco de Borja Magariños, que interesó a favor de sus compatriotas al embajador de España conde de Casaflores, mejoró en parte, no mucho en verdad, la precaria situación de Otorgués, que de la indecorosa prisión del *A Gloria* pasó a los calabozos subterráneos de la tristemente famosa isla de Das Cobras, donde con don Manuel Francisco Artigas, Berdún, Bernabé Rivera y Duarte, padecieron nuevas necesidades y tratos indebidos.

Solamente jurando, como españoles, la Constitución de la península de 1812, pudieron ser libertados aquellos patriotas de tantas angustias, en el año 1823, debiendo suscribir un poder que confiaba a Magariños su representación ante las Cortes Hispánicas de 1822-1823» (21).

Siguiendo el hilo de esta biografía, Otorgués regresa este mismo año señalado a la Banda Oriental, ahora provincia Cisplatina del Reino de Portugal, Brasil y Algarves, sumergiéndose en los campos de su propiedad, para nunca más sobresalir. Ni siquiera cuando en 1825 se produce la Revolución

(19) 18 de mayo de 1811. Primer revés de la causa «realista» en el Río de la Plata. Las fuerzas salidas de la plaza de Montevideo fueron mandadas por el capitán de fragata José de Posadas.

(20) Carlos Federico Lecor, barón de La Laguna. Gobernó la provincia Cisplatina hasta su evacuación por las fuerzas portuguesas en 1828.

(21) Así lo indica el historiador uruguayo Isidoro de María.

Libertadora, y con ésta la guerra de las Provincias Unidas del Río de la Plata contra el imperio de Brasil, surge su figura; sólo colabora con caballada para las fuerzas patriotas. En 1828, ya surgida ante la faz del mundo la novel República Oriental del Uruguay, Otorgués solicita al Gobierno su grado y su pensión de coronel, cosa que nunca se realiza, falleciendo en 1831, enterrándose sus restos en la iglesia matriz de Montevideo.

Si analizamos la figura histórica del caudillo oriental, surge ante nosotros el trasluz de lo ya indicado en el inicio de este trabajo: la doblez de los historiógrafos, que en su inmensa mayoría transformaron a Otorgués en una sumatoria humana de errores y hasta de crímenes de toda especie. Los argentinos lo llamaron «traidor» y «facineroso»; los uruguayos, desde el inicio de la historia nacional hallaron en su persona todos los males del caudillismo de época, resumiendo en la taimada frase «cosas del tiempo de Otorgués» (22) un triste remedo de un tiempo en que la guerra civil, y con ésta las desgracias mayores de una sociedad, cubren todo un amplio espacio histórico. Un tiempo en que la desmembración del imperio español, esa implosión provocada por los sucesos de la península, llevó la anarquía política al mundo americano, el «todos contra todos», donde las facciones enfrentadas confundían, en oportunidades, sus mismos ideales.

La tradición histórica creada por los primeros investigadores es para el futuro algo muy difícil de aclarar y proceso de enorme trabajo para la hermenéutica, verdadera base de un necesario revisionismo que se está abriendo paso en las conciencias de los historiadores. En este menester se intentó enterrar para siempre la figura de Fernando Otorgués, al cual hoy poco se le reconoce; no hay estatuas, no hay bronces ni odas para su persona, sólo alguna pequeña calle montevideana lleva su nombre. Lo cierto es que el caudillo aplicó el rigor de aquellos tiempos a su misma vida, con la dureza característica del ego hispano. Así lo indican los resultados obtenidos por la investigación, aunque en un terreno donde se analiza su personalidad moral existen testimonios de irrefutable valor que lo muestran de cuerpo entero, haciendo gala de sentimientos propios de las gentes de su raza. Uno de éstos, viene de la figura del sacerdote Dámaso Antonio Larrañaga, cúspide de las primeras letras de la Banda Oriental, quien en un escrito elevado a un diputado oriental ante las Cortes españolas nos decía: «Otorgués, por más que no faltaría quien le describa con otros coloridos, es hombre sencillo e inclinado al bien, dócil y generoso y buen amigo. Nació de padres pobres, aunque honrados, y por eso no consiguió una cultura correspondiente a sus talentos nada comunes, porque tiene previsión y con facilidad se impone en

(22) De febrero a julio de 1815, Otorgués ejerció el gobierno de la plaza de Montevideo. «Durante el gobierno de Otorgués, la ciudad presentaba la imagen del caos y los hechos brutales de la soldadesca tenían a la población azorada, y si alguna persona sensata se atrevía a intersar al gobernador en esta atención, sobre estas brutalidades, éste contestaba sarcásticamente: Los muchachos se divierten. Tal era el estado a que la fatalidad había reducido a la población de Montevideo, en aquellos tiempos borrascosos, bajo el mando de Otorgués.» Isidoro de María.

cualquier negocio. Su natural candor le hace susceptible de dejarse guiar por personas peligrosas, pero si consiguiese a su lado algún bien intencionado director, procederá siempre con rectitud en todos los respetos».

Quizás, para los historiadores argentinos, el violento sentimiento antiporteño de Otorgués sea una señal cercana al delito; pero olvidan, al incurrir en un terreno psicopolítico, que la familia del caudillo oriental fue cruelmente tratada por sus fuerzas (23). Y ello, amén de la errática y tiránica conducta de Buenos Aires ante el provincialismo rioplatense, cosa que la misma historiografía argentina se ha encargado de delimitar.

Y por cierto, la conducta de Fernando Otorgués ante los hechos del año 1814 sobre el río Uruguay y sus contactos con el Montevideo hispánico, nos llevan hacia el convencimiento semántico de que la verdad histórica se halla más cercana a aquellos intelectos que hablan de un solo pueblo, de la España americana. Así lo indica la actitud de nobleza del caudillo ante el jefe naval peninsular, aquel célebre marino que tuvo tan destacada actuación en las aguas platenses, que el mismo Guillermo Brown no pudo vencer: «Hemos encontrado abrigo en nuestro fiel amigo don Fernando Otorgués y toda la población, soldados y oficiales en tan sumo grado que no tenemos expresiones con que ponderarlas». Frase extraída de una carta de Jacinto de Romarate al coronel Benito Chain, de fecha 30 de marzo de este año señalado, que nos muestra la verdadera faz de un hijo de la noble tierra oriental de prosapia aragonesa y de cuyas actitudes ante la felicidad de estos pueblos nadie puede dudar. Su actuación en este conflicto así lo indica, pues sus apologistas son aquellos que se hallaron al otro lado de la línea, en esa hora auroral para el Plata.

Como especial conclusión, debemos volver al principio y asumir el concepto de guerra civil para el espacio-tiempo histórico del proceso de la independencia hispanoamericana. Los hechos de la insurgencia sudamericana resultan un conflicto entre hermanos, siendo el detonante la situación de acefalía del poder central, pues en sus horas gestoras el desarrollo de este conflicto se hace, en líneas generales, bajo los parámetros del juntismo, los Cabildos y los caudillos rurales —tal como en la misma España se vivía, en

(23) En la acción de Marmarajá, en el mes de febrero de 1815, toda la familia del caudillo fue aprisionada por las fuerzas al mando del entonces capitán Manuel Dorrego, quien tuvo un comportamiento indigno con la hija de Otorgués. En una carta que éste dirigió al delegado del gobierno de Buenos Aires, Nicolás de Herrera, en este mismo mes, le decía: «Mi hija, digno objeto de mis delicias, ha sido víctima de la lascivia de un hombre desmoralizado y la violencia se opuso a su inocencia. ¡Qué cuadro tan lisonjero para un padre honrado y amante de su familia! ¡Y qué bases para fundamentar un gobierno liberal y virtuoso. Un hombre tan criminal en todo sistema no solamente vive, sino que vive entre los brazos de una inocente criatura violentada! Permítame V. S. que me haya separado algún tanto del objeto general, pues el amor paternal ha trastornado mi razón...». Manuel Dorrego alcanzó en su carrera la Capitanía General de la provincia de Buenos Aires y la Confederación, durante la guerra contra el imperio del Brasil y fue fusilado por orden del general Juan Lavalle en diciembre de 1828, en el golpe militar que dio inicio a una guerra civil que duró dos décadas.

especial simbiosis— e incluso del clero cercano a los criollos; o sea, siguiendo palpablemente lo ya establecido tradicionalmente por los sentimientos, costumbres, leyes y jurisprudencia de la ecúmene hispánica.

Nos hallamos enfrentados a la historia «tradicional» en este aspecto. Empero, ello no es óbice para seguir aportando datos de irrefutables fuentes, que nos van conduciendo a disipar las nieblas del pasado, que en un terreno revisor pautan un pensamiento muy cercano a lo hasta aquí explicitado.

En el año 1985, el Centro de Estudios Históricos, Navales y Marítimos del Uruguay editó una obra del profesor Agustín Beraza titulada: *El Convenio de Purificación*, que versaba sobre el tratado que José Artigas firmó con la Estación Naval inglesa en el Río de la Plata, en el mes de agosto de 1817, justamente en un mal momento para la causa de la Banda Oriental, tras los sucesivos desastres militares de las fuerzas artiguistas enfrentadas al poderoso invasor luso-brasileño. En síntesis, por lo avaro de este espacio, en la página 283 de la obra citada se inscribe como apéndice documental un documento, hallado por el autor en el Public Record Office de Londres (Almiranty Letters), que nos dice: «Del comodoro William Bowles a J.W. Crocker Esq. Secretario del Almirantazgo, sobre la correspondencia mantenida por él con el general José Artigas, expresa que acompaña su última comunicación y un extracto de los acuerdos comerciales acordados, los que serán fielmente observados y que colocarán al comercio inglés, en el Río de la Plata en una posición tan favorable como sea posible en medio de los sucesos del momento.

Buenos Aires, 15 de Agosto de 1817/reservada/Buque de su Majestad Británica *Anphion*/Buenos Aires/15 de agosto de 1817/rec. 17 de Nov. de 1817/

Señor, en mi carta de 27 último, comuniqué a Sus Señorías la correspondencia que ha tenido lugar entre el general Artigas y yo le incluí copias de sus cartas y mi respuesta, y ahora tengo el honor de transmitir su contestación con un resumen de algunas reglamentaciones que se obliga a cuidar que sean fielmente observadas y que colocará a nuestro comercio allí en una posición tan favorable como sea posible en medio de la confusión y las hostilidades. Al presente la situación de Artigas parece completamente arriesgada como manifiesto en mi última carta: la mayoría de sus principales oficiales están descontentos y en comunicación secreta con este gobierno, y si los portugueses comenzaran la próxima campaña con vigor es difícil ver cómo se defenderá, como se sabe sus tropas son extremadamente inferiores a las de ellos en toda forma y su derrota en el potrero del Arapey ha destruido toda confianza en su habilidad militar. Los portugueses tienen 5.000 como hombres en su frontera norte y sus puestos avanzados se hallan en el río Guaney entre el Arapey el territorio brasilero y han evacuado enteramente el Entre Ríos. La Legión de San Pablo está con este ejército y se la describe como un cuerpo muy superior, uniendo a la estricta disciplina, una perfecta habilidad en todas las formas particulares de hacer la guerra en este país. Artigas habló más bien con pesimismo de su situación al oficial que envié con mi carta. Lamentó siempre haber abandonado a los españoles, pero dijo

que ahora la suerte estaba echada y conforme a su propio relato, ha rechazado toda incitación hecha por el gobierno portugués para atraerlo hacia sus intereses. Tengo el honor de ser, Señor su obediente servidor. William Bowles-Comodoro/J.W. Crocker».

Teniendo a la vista esta especial confesión que el general Artigas le hace a un oficial inglés a tres años de su partida hacia el ostracismo, debemos asumir una concepción intelectual que se halle más cercana a los tiempos que estamos analizando; ubicando nuestra mente en un ejercicio de «empatía», que disipe los sentimientos que posee todo historiador, para así, sin caer en la conveniencia ni la leyenda, reconsiderar seriamente todo el enramado de aquel espacio del pasado. José Artigas, por cierto, no se halló sólo al verter estos sentimientos, cual especie de culpa, pues también todos los prohombres de su hora, en mayor o menor medida, se hallaron en su mismo trance, cercados por las traiciones, el yerro y la incomprensión de parte de sus pueblos (24). De este tipo de anécdotas está abrumada la historia hispanoamericana, desde las llanuras de Norteamérica, hasta la pampa argentina, y hasta más allá de Ayacucho, último trance continental para España.

Lo vivido en este año de 1814 a orillas del río Uruguay por el marino Romarate y el caudillo Otorgués, es sólo parte de ese anecdotario infinito del cual está salpicada la crónica de la insurgencia. Y esa especial relación habida entre estos dos conductores de hombres, en un marco de fraternidad, no debe asombrar a nadie, ni menos hacer que el fariseo se rasgue sus vestiduras, pues si lo hace incurrirá una vez más en la falacia, esa misma de la que, lamentablemente, está marcada la letra de los primeros historiadores.

Romarate, educado en mente y espíritu para asumir la conducción de buques y hombres, en la línea generada en la Academia de Guardias Marinas de Cádiz, institución de la que egresaron toda una constelación de héroes, y Otorgués, surgido de los campos de la Banda Oriental para acaudillar las huestes que habrían de ser hueso duro de roer para todos aquellos extraños que pretendieran dominar sus tierras, obraron juntos para arribar a un fin. Uno, para salvaguardar los medios navales de su Nación, luego de librar dura lucha con los bonaerenses; el otro, para hacer ver al enemigo común la posibilidad de que esos buques y hombres pasaran a su causa. Pero ambos unidos por una génesis común, su credo, su raza, su lengua, que al igual que los más ilustres conductores de Buenos Aires, nunca dejaron en el olvido.

De este tipo de coyunturas habidas en este marco permanece cubierta la crónica de estos conflictos, cuyo relato, como ya comentamos previamente, estuvo sujeto durante décadas al accionar del patriotismo banal, cuya espina dorsal fue el odio al mundo del que provenimos. Por ello, es hora de abrir

(24) Carta del libertador Simón Bolívar al ministro de RR.EE. de la Gran Colombia, don Estanislao Vergara, octubre de 1830: «No, mi amigo, yo no puedo ir, ni estoy obligado a ello, porque a nadie se le debe forzar a actuar contra su conciencia y las leyes. Tampoco he contribuido en la menor cosa a esta reacción, ni he comprometido a nadie a que lo hiciera. Si yo recogiese el fruto de esta insurrección, yo me haría cargo de toda su responsabilidad; y últimamente he deplorado hasta lo que hemos hecho contra los españoles...».

paso hacia un mayor entendimiento, más humano y real, de los periodos en que la América española se desgarró por culpa de unos u otros, cayendo en la contienda fratricida. Decimos que las realidades históricas particulares de los pueblos nunca desaparecen por completo, y hoy, que esta parte de América del Sur se halla inmersa en un proceso de unión, bien vale asumir un mejor estudio del pasado común. Aún más, este hecho debe ser resaltado, cuando en un orden donde las comunicaciones y las relaciones entre los hombres, en el marco de la técnica, hace que las distancias no existan, uniendo los pensamientos a ambos lados del océano y haciendo latir al unísono las mismas vivencias y sentimientos de la comunidad hispánica.

Romarate y Otorgués: en varias jornadas unidos bajo los cielos del Río de la Plata, no fueron una pieza más en el taimado juego de las contiendas civiles que desmembraron, poco a poco, aquel universo ejemplar; fueron dos fuerzas que buscaron sus conveniencias del momento, pero que se sintieron abrazados por el atávico sentimiento que proviene del tronco común llamado Hispanidad, que vio la luz tras la regia voluntad nacida luego de la caída de Granada.

Bajo esta consigna, no puede haber mayor honor para el historiador que recrear estas crónicas de un mundo ya lejano, pero cuyo entendimiento resulta vital, para hallar nuestras mismas almas en las vivencias de aquellos hombres del pasado.

Bibliografía

- BAUZÁ, Francisco: *Historia de la Dominación española en el Uruguay*. Montevideo, 1950.
- BERAZA, Agustín: *El Convenio de Purificación*. Montevideo, 1985.
- CAILLET-BOIS, Teodoro: *Historia Naval Argentina*. Buenos Aires, 1944.
- MARCO, Miguel A. de: *José María de Salazar y la marina contrarrevolucionaria en el Plata*. Rosario, (Rep. Argentina), 1996.
- H. D.: *Ensayo de Historia Patria*. Montevideo, 1945.
- MARTÍNEZ MONTERO, Homero: *El Apostadero de Montevideo, 1776-1814*. Madrid, 1968.
- PATIÑO, Enrique: *Los tenientes de Artigas*. Montevideo, 1936.
- QUARTARUOLO, Mario V.: *Guerra naval de la Independencia*. Temas de Historia Marítima Argentina. Buenos Aires, 1970.
- THOMAS, Eduardo: *Compendio de Historia Nacional*. Montevideo, 1944.
- BERTOCCHI MORÁN, A. N.: *España, Montevideo y el Río de la Plata*. Montevideo, inédito.
- Hoja de Servicios del brigadier de la Armada don Jacinto de Romarate. Museo-Archivo «Álvaro de Bazán», El Viso del Marqués, Ciudad Real.
- Consultas: —Archivo General de la Nación. Montevideo.
—Biblioteca Nacional. Montevideo.